

## ¡Quítate la máscara, Alonso Quijano!

ALEJANDRO ORTIZ BULLÉ GOYRI

Sali de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la Fortuna, que me llevasen donde fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que, tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura; y, puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentilhombre, ni este caballo, esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.

*Don Quijote, Cap. XVI, 2a. parte*

Los lugares comunes se han cernido una y otra vez sobre la novela de Cervantes. Uno de ellos, quizás el más lamentable, es el de clasificar a *El Quijote* como “una novela de caballerías”.

Cualquiera que haya leído una novela de caballerías encontrará un abismo de diferencias con la historia que engendró el señor Cervantes Saavedra. Pero no; hay otro lugar común peor y que muestra con mucho la ignorancia que suele rodear a esta obra y delata a aquellos que no la han leído: Se trata de quienes relacionan las canciones de la comedia musical norteamericana *El Hombre de la Mancha*, compuesta en pleno siglo XX, con la novela *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, publicada por Miguel de Cervantes Saavedra en el año del señor de 1605.

Y muchísima gente no sólo la relaciona sino que casi afirma que Don Miguel de Cervantes es autor de la comedia musical o al menos de la canción "Imposible Dream"; y ubican y visualizan cabalgando y cantando a Don Alonso Quijano: "Con fe lo imposible soñar/Al mar combatir sin temor..." por ahí en "algún lugar de *La Mancha*".

También con más sensatez o cordura académica se nos dice que *El Quijote* es una novela de aventuras, pero creo que también esa aseveración raya en el lugar común, pues ¿qué novela realmente importante no es otra cosa que una novela de aventuras? Empezando por ésta y culminando con *Rayuela* de Cortázar.

Pero no pequemos de radicalismos, ni exageremos. *Don Quijote* es, desde luego, una novela de aventuras; concedamos:

¿Entonces? O como se dice en cervantina y chilanga lengua "¿'tons qué?..."

Ni novela de aventuras ni novela de caballería: ¡Novela de viajes!

Desde el primer enunciado "En un lugar de La Mancha..." hasta la lacónica expresión "Dio su espíritu; quiero decir que se murió..." casi al final de la novela, no leemos otra cosa que historias tras historias en torno de un ir y venir de los protagonistas que viajan a lomo de jumento y rocino, y un deambular constante de personajes de toda laya que van en busca de algo o que han perdido algo y a los que el puro acto de viajar les hará al menos encontrarse si no consigo mismos, con otra realidad, con otras circunstancias que les harán la vida más compleja o más interesante. Como ocurre con Don Alonso

Quijano y al rústico campesino que le acompañará en sus andanzas, Sancho Panza.

Al viajar nos perdemos y nos reencontramos, ya lo sabemos bien, pero en las travesías de Don Alonso Quijano, hay algo más allá del viaje, como también le ocurre a un sin fin de personajes con los que se topará en su deambular: Los personajes ingresan a los terrenos de la teatralidad. Don Quijote y Sancho Panza no sólo son personajes de ficción, no sólo viajan a los dominios de la ficción —como lo apunta Vargas Llosa en su prólogo a la edición conmemorativa del IV Centenario—, sino que tienen que asumir un papel de personajes y representar a lo largo de su camino un drama tragicómico que convertirá a la novela de Cervantes en uno de los ejercicios artísticos más complejos que jamás se hayan realizado.

*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* es novela y es ficción y es testimonio y es texto dramático y es barroca y es posmoderna y es tantísimas cosas más. Pero regresemos a nuestro discurrir:

A lo largo de la novela aparece una multitud de referencias al teatro, a la dramaturgia de su tiempo, a personajes y a la función que cumple el teatro en la formación del individuo. Es decir, que con mucho, *El Quijote* es la obra literaria en donde mayores vínculos se establecen con el teatro y la dramaturgia. En ella Cervantes da cuenta de su estética teatral, pero sobre todo, y lo que nos importa aquí es que Don Miguel aprovecha a sus personajes para mostrarnos cómo la ficción teatral, o más particularmente, ciertos elementos de la teatralidad, son útiles y hasta necesarios para conseguir darle un sentido de verdad a nuestras vidas.

Es curioso ¿no? Pero para ser, hay que crearse una máscara. La palabra persona, viene del latín *Per sonare* (para sonar-para proyectar) y significaba, eso justamente: MÁSCARA, que es la que Don Alonso Quijano consigue crearse para, por fin, sentir que la vida que vivió tuvo algún sentido y poder así morir en santa paz.

Pero cuando hablamos de teatro, de hacer teatro —o como se dice en otras lenguas— de jugar al teatro, estamos entrando a los terrenos de lo lúdico. Lo que todos envidiamos de don Alonso Quijano

es su inmensa capacidad de inventiva para emprender un viaje ya no sólo físico, ya no sólo a los terrenos de la ficción sino de manera más amplia a la inmensidad del espacio del juego. Es ahí a donde con mucho todos quisiéramos en algún momento de nuestra existencia hacer que la vida que nos tocó vivir, pueda ser trastrocada por otra que nos inventamos y esa es la inmensa virtud de don Alonso Quijano y de ahí mana la fuente de su sabiduría y por ello Sancho Panza termina por implorar antes de la muerte del hidalgo que vuelvan a jugar, que se invente otra historia y que después de las andanzas de caballería jueguen a ser pastores.

Y eso, todo eso, está en las maravillas del teatro que Cervantes conocía muy bien, desde luego. Al grado de insertar en el capítulo XLVIII de la primera parte, en boca del cura y del canónigo una disertación sobre el arte de hacer y representar comedias, que parece una respuesta cervantina al “Arte Nuevo de hacer comedias” de Lope de Vega.

Don Alonso Quijano, Sancho Panza, la pastora Marcela y el difunto pretendiente Grisóstomo, el trujamán con su mono adivino y don Pedro con su retablo de la historia de la bella y sin par Melisendra, y de todos los que intervienen en la fantástica historia de la Ínsula de Barataria, entre muchos personajes más, requieren además de una condición *sine qua non* y es la de entrar en los dominios del juego. Quien quiera hacer teatro y dedicarse a su sacrosanto oficio, debe tener, ante todo, la capacidad de jugar, de asumir las convenciones.

Y para que se pueda jugar se requieren de dos factores esenciales: Crear el espacio del juego y determinar las reglas para ese juego. De manera que a Don Alonso Quijano al aburrirse soberanamente y sentir que su vida se perdía en “un abismo profundo y negro como su suerte”, viviendo en ese lugar de La Mancha del que Cervantes no quiere acordarse, decidió entonces inventarse un juego para salir del marasmo. El juego consistió en jugar a ser caballero andante y teatralizar el mundo para convertirlo en un inmenso libro de caballerías.

Es cierto que el bachiller Sansón Carrasco, el cura y otros más verán al juego de Don Alonso como algo pernicioso; pero, resulta que hasta ellos mismos por necesidad tienen que participar en él, convirtiéndose ellos también en personajes de caballería con el fin de combatir eso que consideran una.

A lo largo de la novela, como mencionamos, tal parece que la necesidad de Don Alonso Quijano es compartida por muchos, como si en realidad el peso de la vida cotidiana fuera de tal manera tan invivible que resulta necesario cambiar de atributos o de personalidad y emprender el viaje o la fuga que Don Quijote y Sancho Panza emprendieron.

El viaje y el juego resultan tan seductores que el pobre de Alonso Quijano tendrá que enfrentarse no sólo con el bachiller Sansón Carrasco, el cura y el barbero, sino con un falso Quijote; es decir, una copia pirata de sí mismo, tanto en letra impresa como en los territorios del espacio de la teatralidad, como se ve en el capítulo LXXII de la parte segunda, poco antes de volver a su aldea y en su deambular por Barcelona, un par de capítulos antes.

Yo no creo que exista específicamente una visión en la novela de Cervantes acerca de la alienación humana. La, así llamada, locura de Don Quijote, es más bien una necesidad vital de emprender un viaje para darle sentido a su existencia. Y el viaje que no tiene un punto de llegada o un destino en particular, cobra sentido en la travesía por los terrenos de lo lúdico y de la ficción teatral.

Y resulta que el teatro es una poderosa herramienta terapéutica; no en vano para los griegos sus efectos se dejaban sentir en forma de catarsis, de purificación y de experiencia espiritual con uno mismo.

¿No es eso lo que finalmente encuentra el Caballero Andante al final de su envidiable viaje?

¿Y no es acaso un deseo constante en todos y cada uno de nosotros el poder llegar a ser en algún momento el otro, o al menos alguien distinto de quienes podemos ser? Y llegar con ello a saber algo más de nosotros mismos a partir de reconocer en nosotros los procederes del otro.

El problema radica en poder emprender el viaje y regresar a nosotros mismos; que ese es el gran privilegio del comediante y también la gran paradoja: alcanzar a ser auténticamente el otro, sin perder la brújula.

Pues Don Alonso Quijano lo logró, supo jugar con la máscara que quiso, y se la pudo quitar cuando realmente lo necesitó; es decir, sólo para morir y esa es la maravilla de su travesía y ahí están sus enseñanzas y su saber.

## Obra consultada

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de La Mancha* (edición del IV Centenario), México, Alfaguara-Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, 2005, 1249 pp.